

[relato]

UN EDIFICIO EN LA AVENIDA ALVEAR

por Paula Winkler

En un edificio, en el tercer piso, vive una profesora de Letras. Esta profesora pasa su vida armando metáforas, excepto cuando se niega a ver que el hombre del sombrero que vive en el primer piso es sigiloso y extraño.

El portero, a quien la profesora de Letras le delega la seguridad de su departamento, tampoco es digno de confianza, como se verá. Aunque le dice que deje todo en sus manos cuando parta hacia Punta del Este. Debería hacerlo tranquila, insiste el portero, pues él se acerca a la entrada y da el paso a quien corresponde. Así de fácil se transforma el portero en guardaespaldas.

La profesora de Letras vive en el tercer piso con su hijo enfermo. La enfermedad no le impide al hijo husmear por todos lados, con su caja de velocidad en automático. Una vuelta y la otra, se desliza y vuelve loco, así, a cualquiera. Menos a su madre, acostumbrada al andar de su hijo desde que le compró la silla en la ortopedia de la calle Guido. Y cada tanto, es del caso aclarar, los dos salen a caminar por Plaza Francia, sobre todo durante las mañanas en las que el sol empuja y se asoma sin gloria.

En la Plaza Francia quedan siempre madre e hijo observando cómo los árboles expulsan sus hojas marchitas y las flores caídas dibujan una alfombra de volumen razonable. Se asoma a lo lejos el edificio de la Facultad de Derecho, allí donde la Constitución Nacional continúa siendo un nuevo escalón jadeante hacia una democracia todavía en ciernes.

El portero del edificio de la avenida Alvear se hizo de su trabajo en la zona a pulmón. Regordete, cocina con excelencia un guiso de mondongo y algunos tallarines al pesto. Limpia bronce, y deja los pisos de la recepción deslumbrantes. A la hora del descanso, cuando su hija no estudia, el portero ve la telenovela, y lloran juntos con la intensidad de los adolescentes. Después, él viste el uniforme de botones brillantes, y se instala en la planta baja con la concentración de los que vigilan como expertos. Los vecinos de las man-

zanas contiguas conocen también sus talentos y, cada tanto, le dejan una propina como paga de sus favores.

No es necesario aclarar al lector que el portero hace las veces de conserje, y que, de tanto conocer el barrio, hasta se le pegó el vicio del buen comer: un par de naranjas y unas mollejas al vino blanco. El portero, como dije, tiene una hija. La hija estudia en la universidad. El hombre del primer piso, que siempre lleva un sombrero, le consiguió una beca. Es que el portero lo había ayudado en la mudanza cuando murió su esposa y quedó solo con su hija.

Al portero le encanta la hija del hombre del sombrero, sofisticada y con sus cristales zwarovski. Pero su hija no se queda atrás porque cuando camina parece un cisne. Iguala en belleza a su madre, quien murió, y como ella, acostumbra a mirar a la gente desde arriba. Parece una modelo de pasarela con su habitual vestido negro y sus chatitas.

La profesora de Letras se casó muy joven con uno de los dueños del matutino que casi todos leen en el edificio. Nació en un pueblo olvidado de Tucumán. Sus padres habían puesto una tienda de ramos generales al poco tiempo de llegar de España, con algunos duros y un baúl descuajeringado. Con la ganancia de un billete de lotería, sus padres pudieron venirse a Buenos Aires, donde la profesora estudió, aunque hay que confesar al lector que desde que se casó con el dueño del diario, toda su familia ha vivido y vive de las noticias.

El edificio en cuestión de la avenida Alvear, de estucos con adornos florales, unas escaleras de mármol con baranda lustrosa de bronce, cuyo entramado contrasta con la sencillez de un silloncito tapizado de raso de seda color tiza, tiene pocos pisos y se construyó bajo la dirección de un conocido arquitecto del art nouveau rioplatense y con la paciencia de cientos de obreros, quienes, como es obvio, no obran citados en la plaqueta dorada de la entrada. En ese edificio de atmósfera gustosa y europea, que esconde hacia la

zona de ascensores una discreta escultura italiana y evoca una escena extemporánea, es el sitio obligado donde convergen las rutinas de la mañana y la medianoche cuando sus habitantes pueden humanizarse y no estar pendientes del índice dow jones o de las conversaciones barrocas.

La columna neurálgica de este edificio es el ascensor principal, el cual llega a la zona de los pallièr de todos los pisos y a la terraza. En el segundo, en el cuarto y en el quinto viven tres matrimonios con sus hijos y abuelas. No faltan las mucamas y mayordomos de riguroso uniforme, como tampoco los maridos laboriosos. Como reza el dicho "ora et labora", mientras las esposas cuidan de su lujosa guarida cuando los chicos acuden al colegio y las abuelas tocan el piano, tejen o juegan a la canasta uruguaya. (Para el lector menos avezado, tal vez convenga aclarar que esta canasta se juega con naipes y requiere de buena fortuna, la que en este edificio suele, en principio, no faltar.)

En este edificio, insisto, la escalera y el ascensor constituyen los canales por los que circula todo de piso a piso. Claro que sólo en el número bis y por la entrada de servicio transita el personal doméstico, ese cuyo estatuto laboral se diferencia de la ley que gobierna al resto de los llamados "trabajadores" porque su sindicato aún no comprendió que nadie, a estas alturas del tiempo, es siervo de nadie.

Por el ascensor principal también puede accederse a la vivienda del portero. Como es conserje, resulta lógico que no haya desigualdades arquitectónicas cuanto más no sea en la circulación. Además (que no se engañe el lector) este no es un portero de esos que refunfuñan durante las mañanas húmedas de Buenos Aires, ni despótica a viva voz cuando se meten, colados, los gatos que merodean la zona de las cocheras.

En el primer piso, donde vive el hombre del sombrero, se han colgado en las paredes del comedor y de la recepción unos cuantos cuadros importantes por su inclinación a las obras de arte. En todo su hogar se respiran buen gusto y eclecticismo, y no sólo porque su esposa fallecida se hubiera ocupado de ello. Claro que la hija del hombre del sombrero suele ponerse inquieta de vez en cuando. El portero la ve entonces disparar en busca de su mercedes. Conecta ella la llave, y huye hacia la calle. Cuando la ve así el portero, le dan ganas de abrazarla. Un poco de calma, querida, aquí estoy para arremangarme. Como lo haría con mi hija o la hija de cualquiera. La hija para un hombre es mujer sagrada.

El lector ya ha sido prevenido acerca de las sali-

das diarias de la profesora de Letras y de su hijo. No ahondaré en más detalles, innecesarios por cierto. Y las familias de los pisos segundo, cuarto y quinto transcurren sus vidas con la rutina que le permite su dinero. En el número bis van y vienen los paquetes con dulces y chocolates, los trajes armani, algún vestido largo valentino, de esos que hoy en Argentina sólo se lucen en un casamiento o en esas incestuosas celebraciones de quince, como si las jóvenes de esa edad debieran ser entregadas por su padre a la sociedad, ya no por temprano al marido. Algún visitante confundido recalca en la recepción. A ciencia cierta, por poco tiempo, pues el portero, experto en esas cuestiones de la seguridad, le sugiere y designa la salida en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, cabe advertir a nuestro lector que las historias de estos vecinos se atrincheran en las partes privadas de este edificio de la avenida Alvear porque allí ellos repiten sus cadencias a diario y los secretos que se ocultan.

Es un sábado de invierno gris. El frío se mete en los huesos, y las gotas de la humedad de Buenos Aires llegan sin pudor hasta la ropa interior de los porteños. El portero conserje vigila. El hall de entrada ha soportado el peso de las pisadas de la profesora de Letras, de las ruedas de la silla que transporta a su hijo, de las de los habitantes del segundo, del cuarto y del quinto piso. Para aguantar el frío, la humedad y las huellas impresas de los vecinos en el mármol, el portero se entretiene pensando en su hija, la que se desliza serena por la vida como un cisne mientras él se desloma. Por la avenida circulan los automóviles, el único colectivo que une este barrio con otros, y algunos transeúntes apuran el paso. Y piensa el portero. Por ejemplo, que se levantó mil pesos de propina al ayudar al del quinto a quitar unas bolsas de polvo blanco de la baulera de su auto sin que nadie los viera. Piensa también el portero, durante su estancia en la planta baja, cuando aquel otro sábado, en el visor del portero eléctrico, se registró el rostro joven y temeroso de una alumna del profesor del sombrero. Digo "rostro" y no, "cara" porque esa era la máscara clonada de una alumna que repite mucho y reflexiona bastante menos. Adelante - escuchó el portero la voz melosa del hombre del sombrero -. Pero a la media hora, la chica del rostro ya exigía que le abrieran la puerta para zambullirse a una avenida que parecía el bálsamo de toda cura termal.

Aquel sábado y poco tiempo después del episodio de la alumna, el portero vio a la hija del profesor

del sombrero hacer la misma maniobra, como si el afuera de ese edificio fuera la sanación de todos los males.

Hoy es día domingo en el edificio. El consorcio sale a pasear, o va a misa dominical. El cuchicheo masculino contrasta con la voz en alharaca de las mujeres y con el chillido de la silla que conduce el hijo enfermo de la profesora de Letras. El portero saluda, amable, y el pesado portón de espejos biselados de la entrada del edificio se abre al paso, entre otros, del hombre del sombrero, incrustado como un dibujo animado en la calle para contestar la salutación de todos sus amigos. Debajo del sombrero, asoma una calvicie incipiente, aunque sus neuronas parecen más firmes que su pelo a juzgar por sus comentarios.

La profesora de Letras mira a nuestro vecino del sombrero, y le sonrío, aunque ahora que lo piensa el portero, con una mirada ligeramente hostil, como si ésta conociera algo de su persona que la molestase francamente.

Los espacios comunes del edificio, de consiguientes públicos, son testigos de la agitación del consorcio, la que cede en los días festivos debido a la siesta o a la partida hacia el campo argentino.

Durante la tarde de este domingo, sin embargo, se oye rezar un dios te salve maría en letanía, la letanía que atempera la angustia y parece reproducirse en los oídos del portero como esos cantos de las sirenas que parecen habitar en otras tierras menos religiosas y más tranquilas: ha circulado tras paredes el rumor que la señorita del primero y la hija del portero, además de estudiar, se dedican a tareas no sancionadas, vaya a saberse dónde.

Esos chismes malignos corren y se amplifican a través de las escaleras de mármol no sólo en el número bis del edificio. Tal vez sea oportuno advertir al lector que el número bis, que parece ser la parte más neutra del edificio, se alimenta de las noticias de aquellos a quienes no se puede acceder, como a los políticos en algunas democracias. Generalmente los rumores terminan por confirmarse cuando se trata de hechos porque los únicos que suelen salvarse de esta perversidad maldiciente son las conciencias subjetivas (¿hay otra conciencia?) y el inconsciente.

Para no sacrificar la paciencia del lector, vayamos a los hechos, pues. Se trata de esa tarde de ese domingo, y el reloj antiguo del tercer piso, que la profesora de Letras heredó de su marido, marca su hora implacable. El vacío de la existencia se exhibe, impu-

doroso, como todos los domingos, aunque sabemos que nos salvan los lunes. Si toda muerte es un suicidio, se aconseja siempre no pensar demasiado durante las tardes frías (o calurosas) de los domingos solitarios. El hijo de la profesora no cesa en dar vueltas con su silla, lo cual exhibe cierta inquietud de su parte, la que lo lleva a encender un cigarro de esos cuyas bocanadas nos trae muy cerca el olor dominicano de una isla que hace tiempo se olvidó del compre-lo-ya de occidente. Empuja su silla el hijo de la profesora en busca de su madre, quien de momento se encuentra leyendo en el salón de música con una sonrisa que sólo puede ostentar quien comprende sus más complicadas lecturas.

En presencia de su madre, es decir de la profesora de Letras, el hijo titubea al hablar hasta que apaga el cigarro, respira hondo, y le cuenta a su madre todo aquello acerca de lo que viene husmeando hace meses. Él siempre baja con sumo cuidado del ascensor, y se arroja como puede desde la silla. Arrastra su cuerpo frente al primer piso, después se arrodilla con cuidado y queda a la altura exacta del cerrojo que le permite ver. Agitado, le comenta el hijo a su madre acerca de la ceremonia que se repite cada vez, cree él que unas dos veces a la semana el vecino del primer piso sólo lleva puesto un sombrero, y las dos mujeres jóvenes que están con él tampoco llevan ropa. Cree ver, cada vez que husmea, que una de ellas es su hija. Ella se queja, y él no alcanza a ver bien a la otra, pero le parece haberla visto antes. El hijo se deshace después en detalles y sostiene sus manos como puede pues está su madre. La profesora enrojece y, en medio del estupor que le produce el minucioso relato de su hijo, recuerda algún pasado. Deja a su hijo que continúe hablando y corre hasta la cocina. Busca un cuchillo. Le parece ahora a la profesora de letras que el seminario de Tübingen y toda su carrera no forman parte sino de una vida idiota y fragmentada, en la que nadie quiso saber, menos ella.

Nada-vale-seda. Caricias que se prolongan durante noches entre el hombre del sombrero y ella mientras su mujer juega, tranquila, a la canasta. Vaya forma de vivir, siempre engañada. Aunque debe reconocer que últimamente el hombre del sombrero le había dicho a ella que no podían verse seguido por la cuestión del adulterio. Y ahora que lo piensa, él estaba armando una coartada para liberarse de ella y disfrutar de sus fechorías con el sombrero puesto. La profesora encuentra el cuchillo.

Mientras la profesora en cuestión corre hacia el sector de ascensores con el cuchillo en la mano, la propietaria del quinto piso ve una bolsita abierta con polvo blanco en su alfombra. Qué raro, todo es muy

dudoso. Su marido habría dejado caer un poco de azúcar aquella vez cuando escuchó gente en el escritorio. Después, según recuerda, vino el portero. Cómo se te ocurre que tu marido va a andar traficando droga, tan luego él que es un señor.

La sofisticada señorita del primero acaba de tener una discusión brutal con su padre, el hombre sigiloso del sombrero. Cuando llega el ascensor, que venía bajando del tercero, se mete con rapidez y juguetea, nerviosa, con las llaves del automóvil. Se da cuenta de que la profesora de Letras la mira, indiferente, pero desencajada, con un cuchillo en la mano. Oprime el botón de la planta baja, y tal es el desvarío de la profesora que no advierte esa parada en el primero. Por lo tanto, esta deja de cumplir su tarea allí, y llega sin inmutarse hasta la planta baja con la hija del hombre del sombrero, quien sale rápidamente a la calle,

sin atender al portero, que le dice: espere que le abra la puerta de la cochera, señorita.

En medio del embrollo, alguien parece haber llamado nuevamente el ascensor, que sube. De inmediato, se escuchan dos ruidos secos en perfecta sucesión que invaden el edificio de la avenida Alvear. Ahora desciende por el ascensor la hija del portero. No se la ve elegante como un cisne. Al contrario, gotea sangre. La sangre se derrama lentamente sobre sus chatitas y alcanza los escalones. El portero toma a su hija en brazos, después de haber abierto las puertas con una torpeza desesperada.

Y por las escaleras de mármol comienzan a aparecer los vecinos, uno a uno. El del cuarto piso anuncia, consternado, que ha muerto el hombre del sombrero.



TÍTULOS PUBLICADOS

- Privatización y negocio sanitario. La salud del capital** (Jaime Baquero)
Las prácticas sociales, una introducción a P. Bourdieu (Alicia B. Gutiérrez)
Aviso a los vivos sobre la muerte que los gobierna... (Raoul Vaneigem)
La guerra literaria (José Antonio Fortes)
La voz común. Una poética para recuperar la vida (Antonio Orihuela)
Cuerpos, masas, poder. Spinoza y sus contemporáneos (Warren Montag)
Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista.
Producción, reproducción, deseo, consumo (Laboratorio Feminista)
Tratado de los tres impostores. Moisés, Jesucristo, Mahoma (anónimo)
Construir lo común, construir comunismo (Juan Pedro García del Campo)
Contra la ética. Por una ideología de la igualdad social (Aurelio Sainz Pezonaga)
La (re)conquista de la realidad. La novela, la poesía y el teatro del siglo presente (coordina Matías Escalera Cordero)
Atlas histórico de la Filosofía. Desde el mundo griego hasta los inicios de la Ilustración (Manuel Montalbán García y Juan Pedro García del Campo)
Spinoza contemporáneo (Montserrat Galcerán y Mario Espinoza, editores)
La dominación liberal. El liberalismo como dispositivo de poder (John Brown)
La estrategia del conatus. Afirmación y resistencia en Spinoza (Laurent Bove)
Campos de batalla. Terrenos, formaciones y tácticas en la lucha social (Eduard Ibáñez Jofre)
Okupaciones en movimiento. Derivas, estrategias y prácticas (Mario Domínguez, Miguel Ángel Martínez, Elisabeth Lorenzi)

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

- Rupturas situacionistas. Superación del arte y revolución cultural**
 (Aurelio Sainz Pezonaga)
Escritos sobre arte
 (Louis Althusser, Étienne Balibar, Pierre Macherey, Warren Montag)